

CXXIII.

»Sacar á Inés del mundo determina,
Para sacarle al que ella tiene preso,
Creyendo, con matar á la mezquina,
Sanar de amor el incurable acceso.
¿Qué furor hizo que la espada fina
Que pudo sustentar el grave peso
Del mauritano esfuerzo, fuese alzada
Contra una flaca fembra delicada?

CXXIV.

»Los sayones llevábanla feroces
Ante el Rey, que ya pio se conduce:
Mas el pueblo con bárbaras y atroces
Razones, á que muera le compele.
Ella con ruegos y afligidas voces,
Salidas del recuerdo que la duele,
Del amante y los hijos que dejaba,
Que más que no la muerte, la apenaba:

CXXV.

»Al cielo cristalino levantando
Los ojos, con las lágrimas piadosos;
Los ojos, que las manos le vá atando
Uno de los ministros rigurosos;
Y á los pequeños luego contéplando,
Que tan tiernos criaba y tan mimosos,
Cuya orfandad más que el morir temia,
Vuelta al cruel abuelo, así decia:

CXXVI.

—«Si ya en las brutas fieras, cuya mente
Natura hizo feroz de nacimiento,
Y en las aves, que ponen solamente
En la aérea rapiña el pensamiento,
Con tiernos rapazuelos vió la gente
Despertarse piadoso sentimiento,
Como ya con Semíramis mostraron,
Y con los dos que á Roma edificaron:

CXXVII.

»Tú, que de humano tienes voz y aspeto
(Si de humano es matar una doncella
Flaca y débil, por solo haber sujeto
El corazón del que logró vencella),
De estas pobres criaturas ten respeto,
Ya que no de la oscura muerte de ella:
Muévate la piedad de su agonía,
Pues no te mueve la no culpa mía.

CXXVIII.

»Y si, venciendo Alarbe resistencia,
La muerte sabes dar con fuego y fierro,
Sabe tambien dar vida con clemencia,
A quien para perderla está sin yerro;
O si merece tanto esta inocencia,
Pónme en perpetuo y mísero destierro,
Allá en la Escitia helada, ó Libia ardiente,
Donde en lágrimas viva eternamente.

CXXIX.

»Pónme dó más se usare fuerza dura,
Entre pardos y tígres, y veremos
Si alcanzamos entre ellos la blandura
Que entre pechos humanos no podemos.
Allí la voluntad puesta y ternura
En aquel por quien muero, criaremos
Estas reliquias tuyas que aquí viste;
Que consuelo serán de madre triste.»—

CXXX.

«Perdonarla queria el Rey benigno,
Sensible á las palabras que la abonan;
Mas el pueblo tenaz y su mal signo
Que lo quieren así, no la perdonan.
Las hojas sacan del acero indigno
Los que el hecho por bueno allí pregonan,
¿Contra una dama? ¡Oh pechos carniceros!
¡Así valientes sois y caballeros!

CXXXI.

»Como contra la linda Polixena,
Amor postrero de la madre anciana,
Porque la Aquilea sombra la condena,
Pirro apresta el acero y furia insana;
Y ella los ojos con que el mar serena,
Cual mansa oveja que á morir se allana,
Vuelve á la triste madre que flaquece,
Y al sacrificio bárbaro se ofrece:

CXXXII.

»Tal contra Inés los crudos matadores
En el cuello y marfil, que sostenia
Las obras con que amor mató de amores
Al hombre que despues Reina la haria,
Hundiendo el hierro entre las blancas flores
Que el llanto del dolor regado habia,
Se encarnizaban torpes y furiosos,
Del futuro castigo no cuidadosos.

CXXXIII.

»Bien pudieras ¡oh sol! del caso reo
Tus ojos apartar como aquel dia
Cuando Tiéste, en el festin de Atréo,
De sus hijos los miembros se comia.
Cóncavos valles que gemísteis, creo,
La voz estrema de su boca fria,
El nombre de su *Pedro* que la oísteis,
Por espacio muy largo repetísteis.

CXXXIV.

»Como pura azucena que cortada
Antes de tiempo fue cándida y bella,
Siendo entre los cabellos maltratada
Por mano esquiva de vivaz doncella,
Pierde aroma y color ya marchitada,
Tal muerta está la Lusitana estrella:
Secas las puras rosas, y perdida
La luz del rostro con la dulce vida.

CXXXV.

»Las hijas del Mondégo ¡oh noche oscura!
Llorando sin cesar te recordaron;
Y para alta memoria, en fuente pura
Las lágrimas lloradas trasformaron:
El nombre la pusieron, que aun te dura,
De «Las Cuitas de Inés» que allí pasaron;
Y de esa fuente, hoy vida de las flores,
Son lágrimas el agua, el nombre *Amores*.

CXXXVI.

»Largo tiempo no fué sin que venganza
No aliviara de Pedro las heridas;
Que del reino al tomar cetro y balanza,
Hízola en los fugaces homicidas.
De otro Pedro, muy crudo, los alcanza;
Que, enemigos los dos de humanas vidas,
Hicieron el feroz concierto insano
Que con Antonio y Lépidio, Octaviano.

CXXXVII.

»Este castigador fué de maldades,
De latrocinios, muertes y adulterios,
Y los duros suplicios é impiedades
Eran sus más sabrosos refrigerios:
Justiciero guardaba las ciudades
De todos los soberbios vituperios,
Más ladrones lanzando á los profundos,
Que Teséo y Alcides vagabundos.

CXXXVIII.

»Del justo y duro Pedro nació blando
(Ve de natura la inconstancia terca)
Manso, remiso y sin vigor, Fernando,
Que á todo el reino á gran desdicha acerca;
Pues el Leonés á devastar entrando
La tierra sin defensa, estuvo cerca
De destruirse el Reino totalmente:
Que vil Rey torna en vil la brava gente.

CXXXIX.

»O castigo fue claro del pecado
De quitarle á Leonor á su marido
Y casarse con ella, aconsejado
De un falso parecer, mal sugerido:
O fué que el corazon entregó atado
Al vicio torpe á que se vió rendido,
Hízose al fin cobarde: que envilece,
Un amor que en el alma infame crece.

CXL.

»Sufrieron siempre del pecar la pena
Muchos de quien nos cuenta la Escritura:
La sufrió quien al robo fué de Helena,
Y con Opio, á Tarquino estrechó dura:
¿Y por qué á David santo se condena?
¿Y quién de Benjamin la tribu impura
Ya destruyó? Patente lo declara
Siquém en Dina, Faraón en Sara.

CXLI.

»Si los pechos más fuertes enflaquece
 Un inconsciente amor desatinado,
 Bien en el noble Alcides aparece,
 Por Onfále de tocas adornado.
 De Marco Antonio el nombre se oscurece
 Con estar de Cleopatra enamorado;
 Y tú, Peno inmortal, lo repetiste
 Cuando de Apulla á moza vil te diste.

CXLII.

»¿Mas puede uno librarse por ventura
 De lazos que arma Amor tan blandamente
 Entre la nieve humana y rosa pura
 Y el oro y alabastro trasparente?
 ¿Quién resiste la plácida hermosura
 De un rostro, de Medusa propiamente,
 Que, si no en piedra, en Mongibelo inceso
 Convierte el corazón que tiene preso?

CXLIII.

»¿Quién un dulce mirar, un gesto blando
 Vió, ni una suave, angélica apariencia
 Que sin cesar al alma está acechando,
 Que hubiese contra tanto resistencia?
 Disculpado por cierto está Fernando
 Para quien del amor tiene esperiencia;
 Mas quien dél libertó su fantasía,
 Culpado mucho más le juzgaría.»

LOS LUSIADAS.

CANTO CUARTO.